

El reflejo de la guerra de África en la narrativa española

Juan José LÓPEZ BARRANCO

Dr. en Literatura Española
Moderna y Contemporánea

La decisión del general O'Donnell de intervenir militarmente en Marruecos para restaurar el honor patrio, mancillado por el ataque de la cabila de Anyera contra la guarnición de Ceuta, aventó la expectación por casi cualquier rincón del país. No sólo contó con el respaldo de todos los grupos políticos representados en las Cortes, sino que, con el inestimable concurso de la prensa y de otras cajas de resonancia, instaló un estado de euforia patriótica, militarista y religiosa en el ánimo de los españoles. Un sentimiento al que no se sustrajo el mundo del arte y la cultura en general, ni el de la literatura en particular. De hecho, casi desde los inicios de la campaña no pocas plumas comenzaron a movilizarse ante el acontecimiento: unas veces para aportar su granito de arena en pro de la causa belicista; otras, tan sólo para aprovechar la coyuntura y beneficiarse del interés que el suceso había despertado entre un elevado número de potenciales lectores, ávidos por tener noticia de cuanto pudiera ocurrir en aquellas cercanas pero desconocidas tierras africanas, ya fuera en forma de crónicas o a través de la interpuesta ficción. Incluso, más allá de estas razones utilitaristas, el propio conflicto y, sobre todo, el presunto exotismo de su escenario daban pie a nuevos motivos de inspiración.

Apenas nada queda hoy de tal proliferación bibliográfica. Nada de aquellos novelones por entregas, del ramillete de cuentos, de los testimonios diversos o de los varios romanceros y coronas poéticas que con prosa rimbombante o mediante declamatorios versos insuflados de patriotismo trasladaron a las gentes la gesta guerrera entre acordes de una falsa épica moderna. La consabida selección de las especies también ha operado entre toda aquella efervescencia creativa y, a juzgar por los resultados, diríase que lo ha hecho con certero criterio, pues tan sólo el *Diario de un testigo de la guerra de África* de Pedro Antonio de Alarcón y *Aita Tettauen* de Benito Pérez Galdós, las dos obras más legibles para el público actual, han rebasado el umbral del completo olvido.

No obstante, estas manifestaciones no sólo contienen una parte sustancial del germen ideológico que conformó el pensamiento africanista contemporáneo,

sino que instauran el primitivo embrión de una corriente, casi de un subgénero en el ámbito de la narrativa de corte imaginativo, que con el paso del tiempo y las sucesivas campañas militares en Marruecos daría mucho de sí en el panorama de las letras nacionales. En sus páginas ya aparecen no pocos de los elementos argumentales y temáticos que más tarde devendrán modelo —a menudo casi lugar común— para el posterior relato evocador de las guerras marroquíes. En consecuencia, la revisión de estos textos excede la mera reconstrucción arqueológica de unas formas narrativas periclitadas, pues, por encima de sus en general más bien escasos logros artísticos, marcaron en buena medida la senda por donde discurrió la posterior novelística de ambiente marroquí. Un asunto que, con la sola excepción de la contienda civil de 1936-1939, constituye, en su conjunto, la más abundante muestra de literatura bélica española en la etapa próxima al presente.

Narraciones de muy diverso género, índole y dimensiones abordaron este episodio. Un tipo de relato con escaso componente connotativo rompió el fuego literario: las crónicas y testimonios de quienes con este fin se habían desplazado al lugar de los sucesos acompañando al ejército expedicionario. Insertas en las páginas de la prensa o vendidas por cuadernillos, comenzaron a llegar al público antes incluso del inicio de las hostilidades. Algunas, redactadas por escritores ya en ese momento o más tarde famosos, cual Pedro Antonio de Alarcón o Gaspar Nuñez de Arce, quedarían recogidas después en libros. A éstas siguieron, con escasa distancia temporal, las primeras entregas de voluminosos folletones, donde el discurrir de los acontecimientos reales, o una aproximación a ellos, quedaba envuelto en burdas tramas novelescas. Las formas narrativas breves tomarían poco más tarde el relevo a estos desmesurados novelones. Un buen puñado de cuentos evocadores de esta campaña fueron publicados durante la primera mitad de los años sesenta y luego en la década de los noventa, en este caso ya al socaire del nuevo y breve conflicto de 1893, pero todavía ambientados en la anterior. Y en el ínterin entre uno y otro habían visto la luz algunos otros testimonios. Traspasado el umbral del siglo XX la recreación novelesca volvería a aparecer en forma de relato histórico con unas perspectivas o enfoques bien distintos a los anteriores.

Las siguientes páginas quieren ser un recorrido por todos esos modos narrativos.

LA NOVELA.

Los abultados relatos publicados por entregas constituyen la primera manifestación cronológica del género. Cuentan, sin embargo, con dos antecedentes directos que, a pesar de haber sido publicados antes de la guerra, refieren asuntos conectados con ella: de una parte, el libro de Manuel Juan Diana,

*Un prisionero en el Rif. Memorias del ayudante Álvarez. Obra geográfica, de costumbres y con un vocabulario del dialecto rifeño*¹, y de otra, la también novela de folletón *Los moros del Riff o el presidiario de Alhucemas*², de Pedro Mata. El primer título no puede encuadrarse, ni siquiera con un criterio laxo, dentro del género novelesco, pero Rafael del Castillo en *El honor de España*, una de las narraciones ambientadas en la campaña militar, lo menciona como parcial fuente de información para su relato. Se trata, en realidad, de una obra de carácter misceláneo, donde las memorias sobre las peripecias sufridas por un oficial y un grupo de soldados de la guarnición de Melilla cautivos de los rifeños se acompañan de descripciones paisajísticas y sobre costumbres marroquíes. Acaso la influencia que declara Rafael del Castillo haya que buscarla en la presencia de algunos motivos que su novela y las restantes de la época repiten indefectiblemente: el heroico militar español; los “salvajes” rifeños; el moro³ culto, justo y bondadoso; la mora que ayuda a los cautivos por amor hacia alguno de ellos; el renegado español que convive con los nativos; o ciertas superficiales apreciaciones sobre las creencias y modos de vida en aquellas tierras. El volumen de Mata, aun sin alcanzar mención alguna en ninguno de los títulos posteriores, resulta más próximo a ellos, pues, sobre incidir también en el asunto de los cautivos, desarrolla una serie de enredos novelescos semejantes a los planteados en estos relatos.

Al poco de iniciarse la campaña comienzan a aparecer las entregas de *El honor de España*⁴, subtitulada *Episodios de la guerra de Marruecos*, de Rafael del Castillo⁵. La fecha que figura en la portada del volumen debió de corresponder con el inicio de la publicación; así parecen avalarlo algunos datos que aparecen en el interior de la novela, donde el autor manifiesta su deseo de concluirla con un ligero desfase entre lo narrado y el dicurrir de los acontecimientos bélicos. Poco después, ya en 1860, será seguida por *La cruz y la media luna o la guerra de África*⁶, otro relato con igual forma de distribución, debido a la pluma de D. A. Cubero. Más tarde, en 1862, llega a los lectores *La toma de Tetuán o Rodrigo y Zelima*⁷, de Antonio Redondo, narración que no podemos precisar si apareció mediante entregas —lo más probable— o como volu-

¹ Madrid, Impr. Nacional, 1859 (2.^a). Esta segunda edición —único ejemplar que hemos podido localizar, incompleto porque le faltan las primeras veintiocho páginas— debió de ser casi inmediata a la primera, teniendo en cuenta las fechas del asunto desarrollado en su texto.

² Madrid, Manini, 1856.

³ Término que utilizamos sin ninguna connotación peyorativa, sino como mera traslación del vocablo más habitual para designar a los naturales de Marruecos en éstas y otras muchas novelas.

⁴ Madrid, Balldrich e Illas, 1859.

⁵ Además de este título, enmarcado en su habitual quehacer de folletinista, escribió otros dos libros no novelescos relacionados con la guerra de África: *España y Marruecos. Historia de la guerra de África escrita desde el campamento* y una biografía laudatoria de O'Donnell, *Historia de la vida militar y política del excelentísimo señor capitán general don Leopoldo O'Donnell*.

⁶ Madrid, Murcia y Matí, 1860.

⁷ Cádiz, Impr. de la Probidad, 1862.

men completo, aunque, cualquiera que fuese su origen, comparte las mismas características argumentales y técnicas de las dos anteriores. Estas tres obras, en lo que alcanzamos a conocer, constituyen el tributo que el género novelesco de la época rindió a la contienda militar.

Ninguna de las tres deja ver un propósito ni medianamente serio, aun desde la óptica propia de este tipo de narraciones populares, por elaborar una recreación literaria de la guerra. Se trata más bien de rentabilizar el acontecimiento del momento con fines comerciales. Así, peripecias aventureras y de enredo —las habituales del folletón— se injertan de forma abrupta en esquemáticas síntesis o pormenorizados relatos sobre la guerra, cuya asimilación se hace difícil dentro de los parámetros del género imaginativo. Hasta tal punto que en *El honor de España*, por mencionar el caso más obvio y extremado, el discurrir de la campaña y la tribulación fabulada avanzan en una disociación tan radical que, salvo en los primeros capítulos, bien podrían leerse como asuntos diferentes.

Las tres trazan su eje argumental a partir de una o varias historias de amor entre españoles y mujeres marroquíes, siempre bellas, recatadas y próximas a un estado de enajenación amorosa que les impele a la realización de cualquier sacrificio, incluyendo la abjuración de sus creencias religiosas o el abandono de sus modos de vida para abrazar los de su amado. La única diferencia entre las tres fábulas reside en el estatus de los protagonistas masculinos: el teniente Rodrigo Sarmiento, heroico oficial, en *La toma de Tetuán*; soldados y otra variada galería de personajes en *El honor de España*; o renegados españoles que conviven con los nativos en *La cruz y la media luna*. Esta relación culminará en todos los casos en un final feliz, aunque para lograrlo habrá de vencer el obstáculo de hostiles fuerzas locales, por hábito encarnadas en algún moro de mala catadura moral y peores intenciones, o de adversos elementos circunstanciales que irán añadiendo páginas y dilatando la conclusión. En este sentido, se hace frecuente que los actos heroicos en la batalla se acompañen de desapariciones, raptos, sorpresivas irrupciones de nuevos personajes, anagnórisis varias, crímenes y otra larga serie de truculencias orientados sobre todo al alargamiento del relato, pero, también, al establecimiento de vínculos entre los diversos personajes. Unos vínculos que, como solía ser frecuente en estas formas novelescas, tienden a sacar a la luz recónditos y hasta desconocidos emparentamientos familiares o encuentros y reencuentros afectivos facilitados por la guerra, convertida de este modo en rehacedora de vidas.

El enfoque bélico adopta un tono similar en los tres textos, con la sola diferencia de la extensión narrativa que cada uno le dedica. Al respecto, *El honor de España*, más prolijo y desmesurado en esto como en casi todo, da cuenta no sólo de cuanta batalla, combate o refriega se produjo entre ambos ejércitos, sino de todo el articulado del convenio de paz e incluso de los preacuerdos pactados con anterioridad. Algo que por sí mismo habla con elocuencia de la

finalidad última de estos relatos, pues se antoja difícil imaginar que la inclusión de tales asuntos buscara acrecentar el interés de los receptores, pertenecientes a grupos sociales por lo general poco interesados en este tipo de cuestiones, si atendemos al perfil de lectorado que para este tipo de novelas traza Juan Ignacio Ferreras, “la mayor parte (...) estaba integrado por las clases trabajadoras o proletarias de las ciudades: obreros, artesanos, empleados, etc.”⁸. Tal incontinencia gráfica más parece responder a un deliberado afán por rellenar papel, dado que “cuanto más entregas, mayor negocio”⁹, aprovechando, además, los materiales que iba recogiendo para la ya mencionada historia de la campaña que por aquellos días estaba redactando¹⁰.

En Cubero y Redondo, sin llegar a tales extremos de exhaustividad, tampoco faltan los hechos de armas más significados: la batalla de Los Castillejos o la de Tetuán, relatadas también desde la disociación, aunque no tan abrupta como la de Castillo, del resto del tejido narrativo. La presencia de estos episodios bélicos no significa, sin embargo, que se aproximen a lo que modernamente se consideran relatos de combate, donde los efectos y sentimientos que tales momentos provocan suelen acercarse al lector a través de las sensaciones de los personajes. Bien al contrario, aquí todo queda en una visión periférica, reducida a una sucesión de actos que se contemplan desde la lejanía y seguridad de donde ni alcanzan las balas ni se siente el dolor: una suerte de cuadro pictórico, según se explicita en *El honor de España*:

El estruendo de los tiros, el relincho de los corceles, las voces de los jefes, los toques de las cajas y cornetas, unido a los gritos de los heridos y a los gemidos de los moribundos formaban un cuadro, que si bien tenía mucho de aterrador, no carecía de sublimidad (p. 56).

No es ésta, en consecuencia, una guerra de hombres, de individuos, sino de grandes unidades, de soldados de plomo que se mueven por el campo de batalla, corren, disparan, desfilan y festejan los triunfos en grupo. Hay, en definitiva, una absoluta ausencia de sentimientos particulares. Y de igual modo se escamotean, o se trivializan con puerilidad, la sangre, el dolor, los heridos, la muerte, todo aquello que perfila la cara horrenda del enfrentamiento armado. El lector queda así instalado ante un irreal espectáculo festivo que quiere transmitir el estado de ánimo de las propias tropas: “entran en fuego del mismo modo que si estuvieran en una fiesta”¹¹. Ni siquiera la enfermedad, el cólera, al que todas las novelas atribuyen más bajas entre el ejército expedicionario

⁸ *La novela por entregas 1840-1870*, Madrid, Taurus, 1976, p. 31.

⁹ Hans Hinterhäuser, *Los “Episodios Nacionales” de Benito Pérez Galdós*, Madrid, Gredos, 1963, página 338.

¹⁰ Cf. nota 5.

¹¹ *El honor de España*, p. 194.

que a las acometidas del enemigo, merma el regocijado espíritu de tan aguerridas huestes. Una, en suma, superficial e hiperbólica exaltación heroica de la guerra, cuya desmesura quiere semejar por momentos la conclusión de la reconquista iniciada por el rey Pelayo:

Guerra iniciada hace muchos siglos, era hasta una falta indisciplinable el que España no la continuase (...) arrojados ya de Granada, no estaba aún concluida nuestra obra (*El honor de España*, pp. 365-366).

El mismo tono se mantiene si pasamos del retrato general al individual, a las figuras históricas destacadas, a quienes, en realidad, sólo dedica atención el relato de Rafael del Castillo. O'Donnell, por ejemplo, a sus casi sobrenaturales dotes de estrategia militar une un más que probado valor y un solícito humanitarismo que lo dignifica ante sus subordinados. Mientras que el no menos glorioso Prim sobresale en Los Castillejos como un idealizado dios de las batallas:

En medio de aquel cuadro de tan horrorosa carnicería se destacaba una de las figuras más colosales de la guerra de África; el conde de Reus, que trebolando la regia insignia de San Fernando, atravesado el uniforme de balazos, adelantando terreno siempre y animando a sus tropas, luchando contra cien contrarios, tenía algo de fantástico, y mucho de los héroes de la Edad Media (*El honor de España*, p. 249).

En extremo contrario, el moro. Un adversario que sólo merece respeto en su faceta de combatiente, y acaso porque a cada cual se le mide por el tamaño de sus enemigos. Poca gloria hubiera podido allegar el ejército español para sí y para la nación si su victoria se hubiese producido sobre un rival de escasa entidad en lugar de sobre feroces guerreros empujados a la lucha por su natural belicosidad, por el fanatismo religioso que sus santones les han inculcado y por el secular odio que profesan a los españoles. Y para reafirmar esta idea, qué mayor honor que la superioridad quede reconocida por el propio enemigo. Así lo manifiesta Muley-el-Abbas, hermano del sultán y jefe de todas las fuerzas marroquíes, pero sobre todo, según lo dibujan los relatos de Redondo y Cubero, modelo de musulmán culto e inteligente, y muy por encima del ejército que manda, al darse cuenta de que

(...) nuestras tropas son asaz inferiores a las de los cristianos en armas y en disciplina, son además los españoles muy valientes y sufridos; las consecuencias de estas ventajas ya se han palpado (...) creo (...) que tendremos que ceder a todas sus exigencias (*La toma de Tetuán*, pp. 112-113).

Más allá de estas virtudes bélicas, en su aspecto como individuo tiene en contra la raza, la religión y hasta la historia. Por las páginas de estas novelas

desfilan buena parte de los tópicos que configuran la tradicional animadversión del hispano hacia el moro. Basta reparar en la ebriedad de rapiña y la barbarie asesina a que se entregan durante el saqueo de Tetuán previo a la entrada de las tropas españolas los montaraces rifeños, para quienes estos relatos suelen reservar los apelativos más descalificadores: “salvajes”, “primitivos”, “traidores”, “infames”, “vengativos”, ... Y otro tanto puede decirse de sus costumbres, formas de vida u organización social, acreedoras en su conjunto a la más enconada censura por primitivas y deleznales. Aún mayor encono suscita el asunto de la religión musulmana, que se escarnece, desde esa presunta superioridad del cristianismo, por ser semillero de fanatismos, causa de degradación humana, de atraso social y de otra larga retahíla de males sin cuento. Incluso la mofa a costa del islamismo se hace habitual en cualquiera de estas narraciones:

Guerra que según él [un marroquí notable] debía ser feliz para los musulmanes, auxiliados por la protección de su profeta. El resultado les ha hecho ver a cuántos engaños se expone el que confía en malos patronos (*La toma de Tetuán*, pp. 18-19).

A pesar de que el eje arquitectónico de todas estas novelas se sustenta en relaciones amorosas con nativas, la funcionalidad de la mujer marroquí dentro de la estructura del relato resulta tan modesta que se aproxima a la nada. Para ahondar algo más en el personaje habrá que esperar a la narrativa sobre sucesivas campañas. Aquí todavía responde a un tipo único que, reiterado una vez tras otra, sólo cambia de nombre, y tras cuyos rasgos se averigua una mera traslación de la rutinaria heroína del relato por entregas a un escenario nuevo. Acaso lo único relevante, aunque los amores entre individuos de distinta raza y religión poseyera ya una larga tradición en la literatura española, radique en que sienta las bases para lo que devendrá casi lugar común en la posterior novelística de ambiente marroquí: el amor entre una mora y un español.

Tampoco la raza hebrea, numerosa en Tetuán, goza de ningún relieve. Su presencia en poco rebasa la necesaria reconstrucción ambiental de la ciudad. Tan desdibujada figura resulta, sin embargo, suficiente para comprobar de nuevo la superficialidad y sequía de ideas imperantes en la narrativa de folletón. Así, cuando el judío adquiere algún protagonismo, o se le caracteriza de avaro, cual ese Samuel de *La cruz y la media luna*, que lamenta la guerra sólo por su coste económico; o de hipócrita, como Isaac en *El honor de España*, cuya fingida pobreza externa oculta con celo la prosperidad que se respira tras los muros de su casa.

Si en su reconstrucción de la campaña africana, al igual que en el tratamiento de los elementos argumentales y temáticos, estos relatos pecan de inverosímiles y simplistas, en el aspecto técnico resultan en extremo rudimen-

tarios y de difícil digestión para el receptor actual, pues en sus páginas se concitan casi todos los defectos de los viejos modos narrativos y casi ninguna de sus virtudes. Están contados por un narrador no sólo omnisciente sino avasallador, cuyas intromisiones mediatizan la lectura con toda una batería de añosos recursos derivados de la nula restricción de su punto de vista y de irrelevantes juicios valorativos. Esto le permite, por mencionar sólo algunas de sus atribuciones, ir saltando de aquí a allá, entrando y saliendo de escenario en escenario a su capricho, haciéndose acompañar en estas correrías por un lector al que sirve de diligente cicerone y con quien, sin pudor alguno, entabla diálogos intratextuales y finge familiares complicidades.

Del mismo modo, se hace habitual que tramas sencillas aparenten gran complejidad estructural debido a un falso embarullamiento de la fábula¹², conducida por múltiples vericuetos y sujeta a constantes y aparatosos desgarrros situacionales o espaciales. Se trata, en realidad, de recubrir un tronco argumental básico con mil y una ramas secundarias, mostrencas en su mayoría, para amplificar el relato. Nada que en definitiva quepa atribuir a impericia narrativa, sino a una deliberada voluntad por aumentar las presumibles ganancias.

Resultaría ardua tarea diferenciar a los autores de estas tres novelas por el empleo del lenguaje. Aunque se trata de textos por común etiquetados como literarios, hay que acercarse al asunto del estilo con cierta precaución, dado que —según apunta Juan Ignacio Ferreras— este tipo de obras no se escribían sino que se dictaban, y tampoco estaban sujetas a un posterior proceso de corrección¹³. Tales inconvenientes sumen su prosa en el más absoluto descuido, cuando no en una franca rebeldía contra la gramática. Sus páginas aparecen anegadas de imprecisiones y desaciertos léxicos que se amalgaman con flagrantes discordancias sintácticas y con afeantes errores ortográficos.

En conclusión, la novela por entregas de la guerra de África ni ofrece una personal recreación interpretativa de aquel episodio ni tampoco responde a una voluntad artística, didáctica o meramente informativa. En su interior siguen refiriéndose las manoseadas y habituales historias de los folletones de siempre —peripecias aventureras y amor en pugna con su ambiente— cambiando tan sólo el escenario y los elementos circunstanciales. La campaña militar y su acontecer se convierten nada más que en un pretexto, utilizado de forma coyuntural por su momentánea popularidad, para aumentar el acostumbrado número de lectores. Su finalidad, por tanto, sólo cabe entenderla en el contexto en que se generó, esto es, inmersa en la corriente general de esta

¹² Término que en esta ocasión ha de entenderse en su acepción de disposición lineal del argumento, en oposición a "trama".

¹³ Al respecto, argumenta que el dictado aceleraba el proceso de composición e incluso permitía que un mismo autor simultanease la elaboración de varias novelas (*Obra cit.*, pp. 248-249).

forma narrativa, con sus mismos presupuestos y sus mismas intenciones, que, convocando una vez más a Ferreras¹⁴, se reducen a una: la obtención de un rápido beneficio económico.

Benito Pérez Galdós abre una segunda etapa en la novela sobre la guerra de África, al dedicarle parte de la cuarta serie de sus *Episodios nacionales*, en concreto, el titulado *Aita Tettauen* y los primeros capítulos de *Carlos VI en la Rápita*, donde continúa y concluye la aventura africana.

El insigne novelista se acercó al asunto con un enfoque del todo distinto al que habían seguido los folletinistas. Derivado, en primer lugar, de la gran distancia temporal que media entre los acontecimientos y el momento de su recreación. Ambos *Episodios* están fechados en 1905, cuando aquella guerra no constituía ya más que un mero suceso histórico sin conexión alguna con el presente, y cuyos protagonistas hacía años que habían desaparecido. Este alejamiento le brindó un conocimiento más amplio de los hechos, permitiéndole ofrecer una visión en absoluto deudora de la coyuntura momentánea; en consecuencia, más ecuánime y apta para la evocación literaria.

Partió de lo que hasta entonces constituía única referencia de la campaña africana en el panorama narrativo español —una gran hazaña militar— para darle la vuelta por completo. Contó con la inestimable ayuda de los testimonios precedentes, de manera significativa, el *Diario* de Alarcón y un relato del historiador marroquí Xej Sid Ahmed Ben Jáled En-Nasiri Es-Selaui, que unas veces aparece citado con el título de *Istiksa Tsarij el Mogreb* —así lo menciona Ricardo Ruiz Orsatti¹⁵— y otras como *Kitáb el-istiqsâ*, según lo señala Hans Hinterhäuser¹⁶. Un texto que más tarde fue recogido, en traducción al español, por Maximiliano A. Alarcón y Santón en su libro *La guerra de Tetuán según un historiador marroquí contemporáneo*¹⁷, y cuyo contenido presenta ciertas concomitancias en el enfoque de los sucesos bélicos con la narración que de ellos hace el personaje el Nasiry en *Aita Tettauen*. Además de estas fuentes documentales, dispuso el novelista de la información que por vía epistolar le facilitó Ricardo Ruiz Orsatti, de las impresiones o anotaciones que él mismo pudiera haber tomado en su parcialmente frustrado viaje a Marruecos y de otras aportaciones menos contrastadas¹⁸.

¹⁴ Obra cit.

¹⁵ En "Aita Tettauen", *La Gaceta de África*. Número extraordinario dedicado a la obra de España en Marruecos, Tetuán, enero de 1935.

¹⁶ Obra cit.

¹⁷ Madrid, Estanislao Maestre, 1920.

¹⁸ El aporte documental con que contó ha suscitado un más que considerable interés por parte de estudiosos y críticos. Al respecto, por mencionar sólo un par de artículos que centran su entera atención en el asunto, pueden verse los de Robert Ricard: "Note sur la genèse de l'Aita Tettauen de Galdós", *Bulletin Hispanique*, XXXVII, 1936, pp. 473-477; y "Cartas de Ruiz Orsatti a Galdós acerca de Marruecos (1901-1910)", *Anales Galdosianos*, Pittsburgh, University of Pittsburgh, 1968, t. III, pp. 99-117.

La peripecia del protagonista, Juan Santiuste, quien marcha a África acompañando al ejército expedicionario en calidad de entusiasmado cronista pero que tras las primeras escaramuzas bélicas abandona el escenario abominando de la descarnada realidad de la contienda, da pie para desarrollar la idea central del relato galdosiano: la frontal oposición a la guerra desde todos sus posibles ángulos. No obstante, la narración discurre en paralelo a la campaña, sin que Galdós hurte o tergiversar nada de lo sucedido, incluso aquello que en apariencia pudiera contradecir sus tesis.

Comienza mostrándonos el ambiente de enfebrecida euforia belicista que por aquellos días inundó España, y del que participan sus propios personajes novelescos, pero, a la vez, el narrador ya nos pone sobre aviso de sus intenciones al enjuiciar las causas. Primero ironiza sobre el motivo puntual: “no había español ni española que no sintiera en su alma el ultraje, y en su propio rostro la bofetada que a España dio la cabila de Anyera profanando unas piedras y destruyendo nuestras garitas en el campo de Ceuta”¹⁹; que tal y como se plantea, minusvalorando lo profanado, “unas piedras”, hubiese escandalizado a casi cualquier contemporáneo de los hechos. Luego, explicita las verdaderas razones que, a su juicio, llevaron al ejército expedicionario a Marruecos:

El agravio no era de los que piden reparación de sangre. Fueron los españoles a la guerra porque necesitan gallear un poquito ante Europa y dar al sentimiento público, en el interior, un alimento sano y reconstituyente. Demostró el general O'Donnell gran sagacidad política, inventando aquel ingenioso saneamiento de la psicología española (...) Los partidos de oposición, deslumbrados por el espejismo histórico, cayeron en el artificio (pp. 566-567).

A partir de aquí, toda la festividad de ánimo e inmoderado jolgorio colectivo, de los cuales participa Santiuste antes de su partida y durante el viaje, se convierten en recurso novelesco para acentuar su caída desde la cima de sus ilusiones hasta el brutal choque con la autenticidad de la guerra. Así, mientras en su inexperiencia “ansiaba (...) ver moros, y presenciar una gallarda pelea” (p. 577), una vez que lo ha visto y ha podido comprobar sus resultados, se le desinfla el entusiasmo belicista y queda sumergido en unas lúcidas reflexiones sobre la verdad de cuanto acontece:

¹⁹ Aita Tettauén, pág. 566. Ésta y todas las sucesivas citas están tomadas de la edición incluida en *Obras completas*, Madrid, Aguilar (2.^a), t. IV.

En pocas palabras te lo cuento todo, Perico. Estoy desilusionado de la guerra. Te reirás de mí, acordándote de aquel entusiasmo mío que más parecía locura (...) La guerra, vista en la realidad, se me ha hecho tan odiosa como bella se me representaba cuando de ella me enamoré por las lecturas (...) yo sostengo que la guerra es un juego estúpido, contrario a la ley de Dios y a la misma naturaleza (...) en el fondo de todo esto no hay más que un plan político: dar sonoridad, empaque y fuerza al partido de O'Donnell (...) De dentro de mi alma ha salido este movimiento, que al modo de terremoto ha trabucado mis ideas, poniendo arriba las que estaban debajo. Me siento hombre distinto del hombre que yo era (pp. 585-587).

La transformación del protagonista supone un punto de inflexión narrativa. Ya está probado que la guerra deja tras de sí un rastro de infelicidad, de despojos y de muerte que en nada se parecen a la gloria imaginada, pero, también, y aquí lo ideológico se convina con lo metaliterario, su transmisión o manipulación libresca o artística constituye un cruel engaño, un falseamiento de la realidad. Una desmitificación de las gestas guerreras impresas en papel que, además de reforzar el antibelicismo central, deviene otro de los pilares arquitectónicos de la novela, y sobre el inciden de consuno el propio discurso del narrador; las increpaciones que Santiuste lanza sobre Pedro Antonio de Alarcón, el cantor de las batallas y hazañas españolas; y el relato del Nasiry, que desde la óptica marroquí abunda en idénticas falacias, según él mismo confiesa:

¿Cres tú que es historia lo que escribo para el Zeddy? No, hijo; no es nada de eso, porque he tenido que escribirlo al gusto musulmán, retorciendo los hechos para que siempre resulten favorables a los *morios*. Y cuando no me ha sido posible desfigurar el rostro de la verdad, hele puesto mil mentirosos adornos y afeites para que no lo conozca ni la madre que lo parió (pág. 663).

Con el abandono del campamento español por Santiuste, enfermo en cuerpo y alma, la guerra pasará a un segundo plano, pues su cronista ha abjurado de las ideas belicistas, transformándose a partir de aquí en poeta de la paz y del amor. Desde este momento el relato caminará por diferente senda, estableciendo un paralelismo simbólico, de apariencia antagónica, entre el desarrollo de la acción militar española y las nuevas peripecias del personaje. Mientras aquélla continuará por los mismos derroteros hasta alcanzar su máximo triunfo con la entrada de las tropas expedicionarias en Tetuán, Santiuste emprenderá su particular campaña, de carácter amoroso, para conquistar el corazón de Yohar, una joven judía tetuaní, de la que también saldrá victorioso a pesar de la hostilidad familiar contra la que ha de luchar. Pero el éxito de ambos logros se caracteriza por lo efímero. Yohar volverá con su familia y España no conseguirá la claudicación del reino marroquí. La contienda se reanudará en ambos frentes: el cuerpo expedicionario fija sus miras en la toma de Tánger,

hacia donde dirige sus pasos; en tanto que el protagonista intenta una segunda conquista en la persona de Erhimo, una de las mujeres del Nasiry. Ambas acciones quedarán frustradas antes de llegar a consumarse. Aquella, por la petición de paz marroquí; y ésta porque el marido se apercibirá de lo que su invitado, Santiuste, está tramando. Hasta este momento el simbolismo parece haber discurrido por vías opuestas: a las derrotas del personaje han correspondido triunfos de las armas. Sin embargo, ambas se emparejan en el desenlace, desvelando su alegórico sentido último. Santiuste, conminado a abandonar el país por el Nasiry, recibe una bolsa de monedas como compensación por la pérdida de sus conquistas amorosas. Y otra bolsa, un poco más abultada, obtendrá España en pago por sus muertos y heridos durante la aventura africana. Un decepcionante final que desvela la insensatez de ambos actos.

Construye Galdós su fábula antibelicista con los mismos materiales que otros elaboraron hazañas guerreras, pero cambiando su sentido. Las batallas y combates, que en las narraciones precedentes dieron pie a los momentos estelares para la exaltación del heroísmo, adquieren en *Aita Tettauén* una dimensión bien distinta. Constituyen, antes que nada, el necesario marco de referencia para suscitar los sentimientos antibelicistas del personaje. Así, la acción del día 30 de noviembre en Sierra Bullones, la primera que se narra, comienza como un espectáculo que Santiuste presencia desde lugar seguro y con los comentarios añadidos por el hijo de un coronel. La “gallarda pelea” que “ansiaba ver” desde que se preparaba en España para acompañar al ejército no defrauda sus expectativas. Pero cuando la batalla ha concluido y puede ver de cerca las entretelas de lo que le había emocionado, su ánimo se encoge y se le despiertan muy otras sensaciones:

Juan sintió el descenso de su entusiasmo al ver que en una camilla traían al pobre Pulpis gravemente herido (...) Pero el descorazonamiento del cronista no llegó a las frialdades más negras hasta la siguiente mañana, cuando le dio por recorrer todo el lugar de la acción del 30. Los heridos que en las tiendas de sanidad veía eran cientos, y a él le parecieron miles. Los muertos que vio recoger y conducir a las sepulturas, formaban en su mente fúnebre legión. Iba el capellán castrense de un lado para otro echando responsos con militar presteza, y a su paso desaparecían bajo la tierra tantos y tantos jóvenes que horas antes fueron vigorosos, sentían intensamente la alegría de vivir y se juzgaban merecedores del honor de su patria (pp. 578-579).

Esta es la guerra que el novelista canario desea mostrar. No la mayor o menos plasticidad de los combates, sino su fúnebre trastienda. No el arrojo o la bravura del bizarro soldado, sino la frialdad de la muerte para muchos jóvenes. Por eso, una vez que ha borrado cualquier atisbo de grandeza en las batallas, éstas prácticamente desaparecen de la novela mediante el recurso de apartar al protagonista del teatro de operaciones. Sólo de pasada, o enfocadas desde la

derrota, se mencionan acciones militares tan importantes como la de Samsa o la decisiva de Wad-Ras. Y la del 4 de febrero, la que propició la toma de Tetuán, tan sólo refuerza el carácter engañoso de todo relato belicista, enfocado esta vez desde la perspectiva marroquí a través de la deliberada distorsión que escribe el Nasiry. Tal afirmación podría considerarse contradictoria con la posterior narración, minuciosa y con tono épico, del famoso combate de Los Castillejos. Nada de esto hay, a nuestro entender, pues leído el fragmento con atención —y en paralelo al correspondiente de Alarcón, al que en parte, pero cambiando la intención, sigue— parece que Galdós se sirve del más recordado de los capítulos de esta guerra para hacerlo objeto de un feroz sarcasmo y dejar ver, de paso, que aquello que cierta historiografía militarista —ejemplificada en el escritor granadino— ha fijado como gesta heroica no fue sino un arrebatado de locura con final afortunado. Véanse, al respecto, las siguientes líneas, donde hemos marcado con cursiva lo que cabe interpretar de irónico o de exageraciones deliberadas del narrador para distanciarse de su propio tono épico:

Ronco estaba Prim de las voces que les daba, inflamado su patriotismo con el nombre mágico de la reina, cien veces pronunciado. Pero *no había nombres de reinas ni invocaciones patrióticas que multiplicaran a los hombres*, y sólo multiplicándose y convirtiéndose cada uno en seis, podían romper los apretados haces de moros ensoberbecidos, rugientes, feroces. Un momento más sin que se efectuara *el milagro de la multiplicación de hombres*, y todo se perdía sin remedio (...) El milagro fue que los hombres se multiplicaron. Ya no se vio más que el cruzarse de bayonetas y yataganes (...) La masa española se incrustó en la mora. *El fiero caballo del general, aunque herido descargaba sus patas delanteras sobre cuantos cráneos a su alcance cogía*. Las bayonetas segaban los haces enemigos. Morazos de tremenda estatura caían hacia atrás, *elevando al cielo los remos inferiores como si fueran brazos* (...) El general, siempre delante, *echando rayos de su boca*, a todos deslumbraba con su locura increíble²⁰ (p. 593).

Un relato de batalla que, sobre la ironía que va trasluciendo en su curso, desemboca en un no menos sarcástico final, pero donde ya se explicita cuanto de embaucamiento hay en esa épica trasladada a papel impreso:

Y los muertos, el sinfín de hombres sacrificados en el ara sacrosanta, ¿qué pensarían de aquel furor con que los degollaban como carneros para que desarrugase el ceño la diosa implacable?... ¿Será verdad que la diosa cuando bebe mucha sangre se pone muy contenta, y en su seno acoge con amor a las innumerables víctimas de la guerra? Así por lo menos se dice en todas las odas que consagran los poetas a cantar batallas (p.594).

²⁰ Compárese esta significativa expresión, “locura increíble”, síntesis de la actuación de Prim, con la que utiliza Alarcón en su *Diario*, donde concluye el relato de la batalla y de la hazaña del general con “Diríase que está tocado de la virtud de Aquiles” (*Diario*, t. I, pág. 170. Ésta y las sucesivas citas están tomadas de la 10.^a edición, Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1931).

La feroz crítica contra la guerra no se ve acompañada de un tratamiento similar en lo que a sus artífices y directores se refiere. Aunque no se oculta que la mano de O'Donnell la ha instigado y urdido para satisfacer sus ambiciones políticas y las de sus correligionarios, nunca se censura su persona, bien al contrario, se le considera hombre de recta moralidad y cabal comportamiento, así como militar de templado ánimo. Otro tanto sucede con la breve semblanza que de Muley el Abbás traza el Nasiry en su relato, donde lo muestra digno ejemplo del honor aun en la derrota. El humanitarismo que despliega Galdós a lo largo de todo el *Episodio* también alcanza a estos personajes históricos, en quienes ve antes al hombre de estatura moral que al implacable guerrero. Aquellos sólo destacados por sus cualidades bélicas quedan, sin embargo, mucho más desdibujados: Prim no semeja más que una temeraria figura alzada sobre un caballo, mientras el famoso cabo Mur, otro de los héroes populares de la campaña, una mano que arrebató una bandera. Mayor atención se dedica a Pedro Antonio de Alarcón, quien más que personaje con entidad novelesca propia diríase mera encarnación de su *Diario*, parodiable en cuanto "poeta de la guerra" pero, también, digno de afecto en su calidad de amigo. Y es que no les faltan buenas razones a aquellos que han querido ver en esta obra una contralectura paródica de la de Alarcón²¹. Sin embargo, aunque tal parodia forme parte indisoluble del relato, no pueden pasarse por alto otros elementos que dan a la novela una dimensión más ambiciosa e incluyen esa puntual parodia en otra mayor, la representada por la guerra como concepción epopéyica en su totalidad, dentro de la cual el *Diario* no es más que un capítulo destacado²².

También en la consideración del marroquí se aparta el *Episodio* de lo que había venido siendo habitual en la narrativa precedente. El moro galdosiano, antes que nada, refleja un hermano del español que vive al otro lado del Estrecho. Así lo deja dicho en las primeras páginas de *Aita Tettauén* el viejo Ansúrez:

²¹ En tal dirección se pronuncian, por ejemplo, Antonio Regalado García: "Galdós usa tan sustancialmente el *Diario* que sin él no hubiera podido hacer el *Episodio* como lo hizo" (*Benito Pérez Galdós y la novela histórica española*, Madrid, Ínsula, 1966, p. 429); Alfred Rodríguez: "both the parallelism and its ironic consequences may be seen as an overall parody of Alarcón's *Diario de un testigo de la guerra de África*" (An introduction to the "*Episodios nacionales*" of Galdós, Nueva York, Las Américas, 1967, p. 148); o Juan Goytisolo: "Este curioso y sugestivo *Episodio* (...) se articula y homogeneiza decisivamente en relación con otro texto narrativo, *Diario de un testigo de la guerra de África* (...) la novela encuentra su coherencia interna en un enfrentamiento dinámico con el modelo de Alarcón (...) la supuesta lectura de la guerra de África se transformará insidiosamente (...) en una contralectura de Alarcón" ("Vicisitudes del mudéjarismo: Juan Ruiz, Cervantes, Galdós", *Crónicas sarracinas*, Barcelona, Ruedo Ibérico, 1982, pp. 63-64).

²² Así lo apreció también Joaquín Casaldueiro: "una melodía de su *Episodio* consiste en la parodia del *Diario*. Como en Cervantes, la parodia se llena de un profundo sentido" (*Vida y obra de Galdós [1843-1920]*, Madrid, Gredos, 1970 [3.^a], [1.^a, 1951], p. 259).

(...) el moro y el español son más hermanos de lo que parece. Quiten un poco de religión, quiten otro poco de lengua, y el parentesco y el aire de familia saltan a los ojos. ¿Qué es el moro más que un español mahometano? ¿Y cuántos españoles vemos que son moros con disfraz de cristianos? (p. 556).

Esta premisa se desarrolló a lo largo de todo el texto. El proceso de cambio desde las viejas concepciones, la estereotipada imagen literaria del moro, a esta nueva se lleva a cabo mediante la modificación del protagonista, quien, al igual que ocurre con su inicial euforia belicista, irá mudando de planteamientos también en este sentido. De tal forma, su afirmación primera de “que moros y cristianos son en alma y cuerpo diferentes, como el día y la noche”, devendrá más tarde no sólo comprensión del otro sino incluso morización de su persona.

El moro “fanático”, “rastrero”, “primitivo” y “brutal” a que nos tenía acostumbrados la literatura anterior desaparece por completo, dando paso a un hombre tolerante, hospitalario y pragmático. Y no porque a aquella idealización en negativo oponga Galdós otra tan irreal pero en positivo, sino porque se produce una humanización donde luces y sombras se combinan para construir una imagen más ajustada a lo real. Los tradicionales lugares comunes de escasa consistencia se desvanecen. Al intemperado fanatismo religioso sucede una tolerancia de creencias que permite coexistir a musulmanes y hebreos en mutuo respeto. La indomabilidad de unas gentes refractarias a toda autoridad se torna “bárbaro despotismo del sultán”. Y su primitivismo se hace sinónimo de vida sencilla, en contraste, por cierto, con la artificiosidad de los usos y maneras europeos. Incluso en ese decantarse de Santiuste por estas normas recién aprendidas frente a las españolas late otro de los sustentos ideológicos de la narración: su alineamiento con tendencias de aire anarquizante que, apoyadas también en el discurso del narrador, se plasman en la idea de que el desconocimiento de las constituciones y la sencillez legislativa o judicial antes que precario estado evolutivo son facilidad para la existencia humana. Una adscripción doctrinal que caracteriza los *Episodios* a partir de la cuarta serie, de ella han hecho mención, por ejemplo, Hinterhäuser²³ y Montesinos²⁴, y cuya explicitación llega en las primeras páginas de *Carlos VI en la Rápita*:

(...) veo representada en ellos [en los sombreros de copa] toda la impertinencia meticulosa y refistolera de lo que llamamos *Administración pública*, la oquedad del *organismo burocrático* [ambos subrayados, del autor], nuevo poder erizado de fórmulas, de ataduras, de pinchos (...) Vistos desde aquí los señores de mi tierra y los primates de la política, me inspiran miedo supersticioso (p. 666).

²³ *Obra cit.*

²⁴ Galdós, Madrid, Castalia, 1980, t. III.

Y si el marroquí ha dejado de ser el consuetudinario enemigo para convertirse en hermano, lógico resulta que su derrota mueva más a conmiseración que a alborozo, cual se deja ver en múltiples momentos del relato, sobre todo, en los emocionados sentimientos de Santiuste, quien, conmovido por igual ante los cadáveres de uno y otro bando, reconoce en “el moro muerto” al “prójimo”, al “hermano”. Algo que añade a la inherente irracionalidad de la guerra un carácter de fratricidio. Una idea que la arquitectura novelesca recoge en el enfrentamiento de dos de los hermanos Ansúrez, Leoncio y Gonzalo, el Nasiry, a quienes la contienda ha situado en campos contrarios, según ya han señalado Hans Hinterhäuser y Alfred Rodríguez²⁵.

En su voluntad por deshacer estereotipos, incluso la figura del renegado español, a la que buena parte de la narrativa sobre los conflictos bélicos en Marruecos ha propendido a lastrar con perfiles de repulsa, adquiere en estos *Episodios* un perfil diferente. La imagen del Nasiry, “espejo de caballeros renegados” no sólo rezuma simpatía por su generosidad y sensatez, sino que deviene hábil elemento novelesco para transmitir a Santiuste, y de paso al lector, las ideas y la cultura de Marruecos con cabal conocimiento de causa.

En idéntica dirección de verosimilitud opera el personaje de la hebrea Yohar, cuya presencia más que para dar cabida al tema judío, un colectivo que en rigor rebasa en poco lo que podría considerarse necesaria mimesis ambiental, reviste una precisa funcionalidad narrativa: permite al protagonista tomar contacto e integrarse en la sociedad tetuaní de forma creíble, es decir, dentro de una comunidad lingüística en la que puede comunicarse. Un aspecto que la novela por entregas, poco atenta a la verosimilitud del universo representado, había obviado: los españoles y las marroquíes, bien sin mediar explicación o bien aduciendo las más peregrinas razones, se entendían a las mil maravillas. Galdós, diligente en cuanto a la autenticidad del relato, no pasa por alto este problema, y lleva la ideación novelesca a un terreno donde la relación cabe dentro de lo posible. De hecho, la barrera lingüística impedirá, más tarde, que fructifique el embrionario idilio entre Santiuste y la mora Erhimo.

En suma, ofrece este *Episodio* un testimonio lúcido sobre la guerra de África, en el que la historia general y la historia privada discurren por caminos paralelos pero con antagónicas ideologías, creando así entre ambas una complementariedad de notable eficacia artística y un enfrentamiento dialéctico del que se extrae la consecuencia moral. A la nítida censura de la guerra, a la denuncia de sus endeble causas y costosas consecuencias, ha de agregarse el deseo por desvelar la falsedad e inconsistencia de lo que Juan Goytisolo ha denominado “ilusiones y raptos de los poetas que consagran odas a cantar batallas”²⁶, mediante la parodia del más popular de cuantos testigos tuvo esta

²⁵ *Obras cit.*

²⁶ “Vicisitudes del mudejarismo”, *Crónicas sarracinas*, p. 65.

campaña. Por otro lado, en el ámbito de la historia literaria española, la fábula galdosiana viene a poblar la hasta ese momento vacía parcela del antibelicismo, llenándola con fraternos cantos a la paz y a la concordia entre gentes y naciones.

Tras muchos años de silencio la campaña militar volvió a las páginas de la novela por la pluma de Luis Antonio de Vega y Rubio²⁷, quien publicó en 1944 *Amor entró en la judería*²⁸. No puede considerarse en sentido estricto una narración sobre la guerra, dado que el asunto sólo recibe un tratamiento tangencial sin una clara voluntad evocadora del acontecimiento bélico. A tenor del momento en que aparece, más bien cabe entenderla un escapismo de la oscura realidad nacional de los años cuarenta hacia lugares, épocas y sucesos que acercan al lector a un universo menos lúgubre y con cierta presunción de exotismo. Su propósito se orienta a mostrar un cuadro de costumbres sobre las formas de vida y algunas costumbres, relacionadas sobre todo con el amor y el casamiento, de lo judíos marroquíes. En este marco engarza varias anécdotas de índole sentimental entre hebreas y españoles, centrando la atención narrativa en el oculto e inmotivado amor que la figura del general Prima despierta a su entrada en Tetuán en la joven Sultana Cohen.

La lejana contienda africana se convierte así en una buena ocasión para resucitar la España imperial, el heroísmo guerrero y la caballería del ejército español, desplegada tanto en el campo de batalla como en la ciudad ocupada. Sin embargo, todo esto queda más en intenciones que en logros, pues cuantos elementos conforman el acontecimiento bélico semejan una distanciada descripción pictórica, desvaída y carente de sentimiento. Ni siquiera en la imagen de Prim, protagonista indirecto del relato, o en su hazaña en Los Castillejos consigue el narrador rebasar la general frialdad e insuflar un aliento de vida literaria. Y los restantes aspectos se mueven entre lo descabellado y el lugar común. Acaso el más llamativo, entre los primeros, la rabieta que la reina Isabel II sufre al conocer que entre los acuerdos de paz se ha establecido el abandono de Tetuán por las tropas expedicionarias. Un sentimiento que alcanza también a los propios oficiales militares y al pueblo español; reflejo, al cabo, de la simplicidad con que el autor interpreta la popular frase de la época: “la paz chica de la guerra grande”. Y del lado del tópico caen la figura del renegado, cuyo enterrado patriotismo reverdece conmovido ante el bello espectáculo que ofrecen las endomingadas tropas españolas, o la del enemigo marroquí, presente con dos caras bien distintas: el árabe rico del interior y el pobre beréber de Yebala o del Rif. Aquél, un distinguido caballero que acude

²⁷ Periodista y narrador, que en la década de los veinte y primeros treinta permaneció nueve años en Marruecos, donde dirigió la academia árabe de Larache y colaboró en varias publicaciones periódicas editadas en el Protectorado español. Ya durante ese tiempo, y en época posteriores, fue redactando un buen número de novelas, algunas de ellas de ambiente marroquí.

²⁸ Madrid, Espasa-Calpe.

al combate con frívola actitud deportiva, luciendo sus mejores atavíos, perfumado con esmero y lujosamente armado; éste, un pobre diablo sin sentido del decoro guerrero y movido sólo por el lucro del botín. Pero tampoco los judíos, a pesar de su absoluto protagonismo, escapan a esa visión superficial, y en su caso próxima a lo folklórico: sabemos de su actividad comercial, de su afán ahorrativo, de su avaro proceder y de los más pintorescos rasgos de su religiosidad y costumbres; en suma, cáscara que apenas encierra nada.

El desacierto se hace aun si cabe mayor en lo tocante a la anécdota amorosa. A la escasa verosimilitud del planteamiento inicial se une la inconsistencia a la hora de dar forma narrativa al presumible sentimiento de la protagonista, perdido en un verbalismo retoricista y repetitivo. A tal efecto, diríase incluso que, por el abuso de algo que el autor debió considerar feliz hallazgo expresivo, la imagen del general Prim ha quedado reducida en la retina de su enamorada a una barba monoadjetivada: “Sultanita Cohen se los peinaba [sus tirabuzones] por una barba galana”, (p. 125); “casi ajena a la fiesta del Pessah, ilusionada por la barba galana de un general español”, (p. 136); “callaba pensando en la barba galana del general don Juan Prim”, (p. 140); “una sonrisa se le había enredado en la barba galana”, (p. 199).

A tenor de lo señalado, la novela, por encima de un relato sobre la guerra de África, sobre los judíos marroquíes o sobre una disparatada relación amorosa, que nada de esto es, ha de entenderse más bien un deslavazado relato de corte romancístico, semejante a alguno de los varios romances apócrifos que las jóvenes hebreas Sultana Cohen y Rica Bandolai refieren a los militares españoles que se hospedan y celebran tertulias en las casas judías de Tetuán. Si bien, frente a la brevedad narrativa de aquéllos, ésta no sea capaz de conservar tal virtud, recubriéndose de una notable cantidad de ganga para ampliar lo poco que de sustancial encierra, y cuya esencia queda resumida en las palabras finales del narrador:

Los españoles habían llevado el amor, y con los españoles se había ido cuando a regañadientes evacuaron la plaza (p. 203).

EL RELATO BREVE

La narrativa de cortas dimensiones también halló fuente de inspiración en la guerra de África y, aun sin llegar a la proliferación de obras que dentro de este género se escribirían con motivo de las posteriores campañas militares en Marruecos, dejó un puñado de títulos que fueron apareciendo durante un dilatado periodo de tiempo. El asunto tuvo, en realidad, dos momentos de atención literaria, atentos al devenir histórico y al consecuente interés del público. Los primeros relatos llegaron a los lectores con escasa posterioridad al conflicto

bélico y se extinguieron hacia la mitad de la década de los sesenta. Luego, tras largos años de silencio y al calor del nuevo enfrentamiento armado de 1893 en Melilla, el conocido como guerra de Margallo, aquellos sucesos volvieron a evocarse desde las páginas de otros varios cuentos.

Tanto los compuestos a primera hora como los tardíos comparten un común carácter popular y una muy menguada consistencia artística. A pesar de que sus argumentos difieren entre sí y de que hasta puede encontrarse alguno donde la cuestión bélica sólo se toca de modo tangencial, tienden por lo general a ver en la experiencia de la guerra causa de superación personal y hacen del enaltecimiento guerrero un nítido reflejo de lo patriótico.

Las más antiguas manifestaciones dentro del género se deben a la pluma de *Fernán Caballero*, quien en 1863 publicó dos fábulas alusivas al acontecimiento: *Deudas pagadas* y *Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen*²⁹. Según reza en el subtítulo del volumen, constituyen sendos cuadros de costumbres populares de actualidad; y, en efecto, la nota común en los dos la proporciona el retrato del costumbrismo campesino unido a una exaltada glorificación de la campaña militar. No obstante, ninguno de ellos aborda el conflicto como eje sustancial de la narración, limitándose a una recreación mínima y periférica; en realidad, cuatro superficiales pinceladas para sobre ellas engastar un par de anécdotas de corte sentimental.

La primera de las narraciones, *Deudas pagadas*, por sus sesenta y tantas páginas de extensión, más responde al formato de novela breve que al de cuento, y los beneficios que de ella se obtuvieron fueron destinados, al decir de Mariano Baquero Goyanes³⁰, a los heridos en la campaña. Refiere la muy positiva incidencia que el conflicto tuvo en una familia de humildes labradores andaluces: Juan José y María, quienes recogen en su casa a un niño, Miguel, cuyos padres habían muerto al poco de llegar al pueblo. Miguel crece junto a los verdaderos hijos del matrimonio y cuando a Gaspar, uno de sus hermanos de adopción, le llega la hora de incorporarse al ejército, lo sustituye en tal obligación en pago por la deuda contraída con quienes lo habían prohijado. Más tarde, el propio Miguel es llamado a filas y Gaspar debe incorporarse para cubrir su plaza de soldado. Cuando se inician las hostilidades, ambos, Gaspar por obligación y Miguel por reenganche voluntario, acuden a Marruecos plétóricos de fervor patriótico. Un ardor bélico que alcanza incluso al padre, quien, a pesar de sus sesenta y cinco años, aprovecha una escapada del pueblo con fines en principio comerciales para acercarse al escenario de la contienda y tomar parte en ella. Una breve correría que no sólo desempolva sus ímpetus juveniles, sino que, además, le reporta otro doble beneficio: da muerte a tres

²⁹ Recogidas ambas en el volumen titulado *Deudas pagadas*, Madrid, Impr. del Establecimiento de Mellado.

³⁰ *El cuento español en el siglo XIX*, Madrid, CSIC, 1949, p. 274.

enemigos en una carga a la bayoneta y obtiene un buen precio por sus peros. El final de la guerra devuelve a los hijos a casa. Gaspar regresa con un brazo inútil pero cargado de cruces, medallas y honor, lo que llena de satisfacción a sus progenitores porque ha pagado su deuda con la patria; mientras que Miguel, que ya había saldado la suya con anterioridad, se ve recompensado al casarse con Catalina, la otra hija de sus padres adoptivos. Un balance que no cabe imaginar más positivo.

El relato, al decir de la autora, encuentra su fuente de inspiración en lo que ha visto y oído a los campesinos de esos lugares, de tal forma que, por ejemplo, la recompensa militar que recibe Gaspar está tomada de un hecho auténtico acaecido a un tal Francisco López, soldado natural del pueblo de Fuentes³¹. Y en la obra se intercalan otra serie de referencias tomadas de la directa realidad: expresiones escuchadas en labios de soldados, una carta compuesta con retazos de otras escritas por verdaderos participantes en la guerra y hasta un apéndice con diversos testimonios sobre la campaña en el que ha desaparecido todo rastro de ficción. Esta fidelidad en los detalles, que constituye una de las señas de identidad de la obra de *Fernán Caballero*, no se traduce, sin embargo, en verosimilitud o logros narrativos, pues la anécdota se ve lastrada por el propio discurso del narrador, quien va dando cabida en el texto a una idealización de los campesinos, a un hacerse eco del más tradicional catolicismo o a desahogos de sus convicciones belicistas que en absoluto se avienen con el declarado propósito notarial. Por otro lado, esa misma atención a lo circunstancial, lejos de aportar viveza en la reconstrucción del episodio, le resta inmediatez y fuerza evocadora, pues los acontecimientos ligados a la peripecia militar, al contrario de lo que sucede con los ajenos a este asunto, nunca se enfocan desde la óptica del propio narrador sino mediante el relato de personajes o interponiendo un elemento mediato entre lo sucedido y su recepción, cual la carta que Gaspar envía a sus padres desde el campo de batalla. Acaso un cierto escrúpulo narrativo la retraja para lanzarse a fabular sobre lo que no había conocido de primera mano y ello redunde en un pálido reflejo de la guerra, encuadrado desde una distancia excesiva para conmover al lector y trufado de lugares comunes: desde la brutalidad de los “salvajes hijos de África” o su inferioridad religiosa hasta la piadosa condena de la guerra que expresa María desde su condición de mujer cristiana y caritativa:

(...) porque a nosotros nos haya sido favorable (...) no debemos olvidar los muchos males que origina; los infelices que sufren, los que quedan inutilizados, los que mueren, y las muchas familias que a estas horas lloran y visiten luto; que la guerra es una calamidad, y así debemos pedir a Dios con toda nuestra alma y corazón por la paz, que el cántico de los ángeles es: ¡Gloria a Dios en las alturas, y paz a los hombres en la tierra de buena voluntad (pp. 36-37).

³¹ *Obra cit.*, p. 35, nota.

Aún más insignificante resulta la reconstrucción bélica, y menor el vuelo literario, en el más breve *Promesa de un soldado a la Virgen del Carmen*, donde el acento se pone en las coplas y cantos populares alusivos a la guerra de África. Unas cancioncillas que Roque, soldado con licencia tras la finalización del conflicto armado, entona aconpañándose de su guitarra y que estimulan la curiosidad de una vecina para preguntarle sobre un percance sucedido durante la contienda. Roque le refiere la disputa que tuvo con un compañero de armas y como poco más tarde éste fue encontrado muerto y él acusado del crimen. Cuando lo iban a fusilar por tal acción, se encomendó a la Virgen del Carmen, cuyo escapulario llevaba colgado al cuello, y Ésta lo libró de la muerte merced a la aparición de unos moros prisioneros que se confesaron autores del delito que le imputaban a Roque.

Si en *Deudas pagadas* la presencia de la guerra aún tenía algún peso en el relato, aquí hay que entenderla mínima y tangencial, reducida a unas simples notas sobre la bravura de las tropas españolas y su cristiano proceder en socorro de los judíos tetuaníes, además de a ese muestrario de canciones populares que se insertan a lo largo de la fábula e incluso en notas a pie de página. El resto remite a una fábula de carácter religioso que se articula y halla su moraleja en la devoción mariana.

En suma, dos muestras de costumbrismo rural con una leve pasada por la campaña militar, que por sus precarios logros artísticos no cabe considerar sino obras menores dentro de la producción de la autora y de la narrativa sobre la guerra de África.

El rebufo del conflicto todavía será aprovechado un par de años más tarde, en 1865, por Cecilio Navarro en *Thacla. Leyenda oriental*³², una breve narración cuyo antetítulo, *Episodio de la guerra de África*, más confunde que ilustra sobre un contenido de escasa relación con el suceso bélico. Se trata, en realidad, de un cuento de corte orientalista, a medio camino entre lo realista y lo fantástico, y con abundantes pinceladas de lirismo. Refiere una desdichada historia de amor, rematada en final feliz, que nos retrotrae a un idealizado universo más próximo a Las mil y una noches que al Marruecos de la época. Thacla, joven marroquí, ama a Djimma, la hija de su amo, y ella le corresponde. Enterado Hamet, el padre de la amada, lo encierra en una mazmorra para que muera de hambre y sed. Con la ayuda de Djimma logra escapar y acude a la guerra contra los españoles. Capturado en la batalla de Guad-el Jelú, entabla conversación con el general Ríos, al que pone al corriente de su desafortunado pasado: de cómo Hamet, antiguo esclavo de su familia, se apoderó de lo que a él le correspondía por herencia de sus padres e incluso se hizo dueño de su propia persona. El militar lo toma a su servicio y, una vez que sus tropas

³² *El Museo Universal*, núm. 25, 18 de junio.

han entrado en Tetuán, obtiene del sultán la reparación para Tacla, quien vuelve a disfrutar de los bienes de sus padres. Pero Hamet, al enterarse, ha huido con su hija y el joven encuentra vacío el palacio de su antiguo amo. Cuando se arrulla melancólico con el sonido de su guzla en el jardín, Djimma aparece de repente gracias a la intervención de una hada bondadosa.

Una bella fábula, tradicional en su arquitectura narrativa, dotada de un cierto aliento poético y cuyo estilo recuerda las genuinas narraciones orientales por su prosa eufónica y sensual. No obstante, la guerra queda reducida a un mero telón de fondo, e incluso, en su mínima reconstrucción de aquel episodio, incurre Navarro en el descuido de adjetivar al general Ríos con el término “malogrado”, lo que no se haría realidad hasta pasado un tiempo de los acontecimientos referidos. A pesar de este apartamiento argumental, sostiene una idea de fondo común con los relatos anteriores y con los que habrán de venir después: los beneficios que reportó la campaña militar, hasta para algunos marroquíes.

José Ibáñez Marín abre una segunda fase de narraciones breves, formada por los títulos aparecidos a larga distancia temporal de la contienda, con *Una cruz laureada*³³. Su fecha de publicación, el 21 de octubre de 1893, inmediata al inicio de las hostilidades entre las tropas melillenses y una cabila limítrofe a raíz del incidente de Sidi Auriach³⁴, revela que debió de componerse al socaire de este nuevo enfrentamiento. Más que un cuento de carácter imaginativo semeja lo que su subtítulo —Episodio histórico— indica: una anécdota militar de la guerra de África. Un narrador testigo refiere en tono epopéyico el heroico comportamiento del comandante de caballería Gutiérrez Maturana durante un combate, adornado con alguna mínima descripción ambiental de cierto voluntarismo literario. Éste queda, empero, frustrado en buena medida porque en las mínimas dimensiones del relato y en tan sencilla trama se observa un notable desacierto de construcción, al adelantar indicios del desenlace de la acción central antes de que ésta comience. Un defecto que resta interés a una narración ya de sí poco atractiva.

Al año siguiente, aparece Currito Carrizales³⁵, de Ángel R. Chaves. Un cuento de remota relación con esta guerra pero donde se concitan algunos tópicos de la literatura popular: el chico que desea ser matador de toros y al que un golpe de fortuna permite brillar en su primera faena; la ruina de la familia tras la muerte del padre; la enfermedad materna que requiere una costosa intervención quirúrgica; el hijo bueno y sacrificado; y para finalizar, la oscura muerte del soldado en el campo de batalla, único momento en que el relato

³³ *Blanco y Negro*, núm. 129.

³⁴ Origen de la denominada guerra de Melilla o de Margallo, cuyos prolegómenos tuvieron lugar durante los días finales de septiembre y primeros de octubre de 1893.

³⁵ *Blanco y Negro*, núm. 159, 19 de mayo de 1894.

entra en contacto con la campaña militar. Ni el tono ni el estilo desmerecen tan lacrimógeno argumento. El primero destaca por una sentimentalidad nada elaborada y el segundo carece de cualquier brillo.

M. Ferrer y Lalana publica en 1896 el hasta el momento último cuento, en lo que alcanzamos a conocer, sobre la guerra de África: *Cabezota*³⁶, un relato donde algunas notas alusivas a la valentía y a la bondad se unen con inequívocas resonancias de religiosidad cristiana. La torpeza del soldado Sebastián Expósito, apodado “Cabezota”, un hospiciano solitario y no muy despierto, lo convierte en víctima habitual del mal humor del sargento Jiménez. Ambos son enviados a Marruecos al iniciarse el conflicto, y un día, durante el curso de una operación bélica, el sargento resulta herido, quedando abandonado a merced del enemigo. Sebastián se abre paso entre los musulmanes para rescatar al sargento que tantas veces lo había humillado. El soldado logra salvar a su superior a costa de resultar herido de gravedad. Jiménez se arrepiente ante el moribundo por las ofensas que en el pasado le ha infringido y “Cabezota” expira perdonando a su verdugo.

El tono de burda sensiblería queda aún más acentuado que en el anterior relato y sus escasas páginas se hacen una vez más suficientes para ensalzar la campaña como digna heredera de gloriosos hechos de armas pretéritos; para poner de manifiesto el heroísmo de los soldados españoles, la ferocidad de los moros, su “religión semibárbara” y otros cuantos lugares comunes de exaltación patrioterica ya manoseados con abundancia por la narrativa precedente.

En definitiva, poca consideración literaria merece este puñado de relatos breves, pues al nulo brillo que dejan ver en su evocación imaginativa de la guerra hay que añadir una retahíla de insuficiencias artísticas de toda laya.

LOS TESTIMONIOS NO NOVELESCOS

La narrativa de ficción no fue la única que bebió de la campaña. En paralelo a ésta, otro tipo de libros también se ocupó del acontecimiento: los diarios y testimonios personales, compuestos por testigos destacados, bien escritores que ejercieron labores de primitivos reporteros o bien militares con afán memorialista. Sin pertenecer al género imaginativo, tampoco cabe entender estos relatos como meras crónicas históricas sin propósito literario alguno, pues todos ellos rebasan la mera denotación mediante el aporte de su particular mirada, con orientaciones y enfoques subjetivos, con sus sesgos ideológicos y con una prosa dotada en mayor o menor medida de cierta voluntad artística. Heterogéneos retratos de aquel episodio, confeccionados a pie de guerra

³⁶ *Blanco y Negro*, núm. 248, 1 de febrero de 1896.

o a larga distancia de lo referido, y que van desde la notación colorista de un exotismo marroquí para consumo de sus contemporáneos hasta la aseveración con fines ejemplificadores para las generaciones venideras.

Pedro Antonio de Alarcón, quien había marchado con el ejército expedicionario en calidad de cronista independiente y acabaría incorporado al cuartel general de O'Donnell tras haber sentado plaza como soldado voluntario en el batallón de cazadores de Ciudad Rodrigo, ofrece el primer testimonio en las crónicas que comenzó a enviar a España en los finales de 1859, las que con posterioridad conformarían su *Diario de un testigo de la guerra de África*. Publicadas por Gaspar y Roig en Madrid, sus periódicas entregas alcanzaron una impresionante difusión y éxito. De ello nos da cuenta el que llegasen a los cincuenta mil ejemplares de tirada o que los editores, acosados por las demandas del público suscriptor, urgiesen al autor con telegramas³⁷.

El *Diario*, además del primero, constituye también, aunque podamos discrepar de sus opiniones y puntos de vista, el más importante de cuantos testimonios se escribieron sobre aquella guerra, tanto por la ambición de sus intenciones en lo que al reflejo de la campaña se refiere como por los logros artísticos alcanzados. Abarca la casi totalidad de lo acaecido al ejército español³⁸. Pero no sólo da minuciosa y colorista cuenta de los enfrentamientos bélicos u ofrece un retrato de las principales figuras del conflicto, sino que, a la vez, vierte un menudeo de impresiones y detalles sobre la población, las costumbres y otras cuestiones marroquíes que enriquecen la narración con toques costumbristas o apreciaciones hasta aquel momento insólitas.

Gaspar Nuñez de Arce también realizó labores de corresponsal de guerra desde Marruecos para el diario *La Iberia*. Sus crónicas, que, al decir de García Figueras³⁹, gozaron también de un notable éxito y se veían reproducidas en otros periódicos, quedarían recogidas luego en el volumen *Recuerdos de la campaña de África*, aparecido en 1860 en la madrileña imprenta de José María Roses⁴⁰. El libro, aunque en sus líneas generales responda a un corte parecido

³⁷ Para una más amplia información al respecto, pueden consultarse, entre otros: Charles de Iriarte, *Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages*, París, 1863 (trad. esp. en *Recuerdos de la guerra de África. Bajo la tienda*, Barcelona, B. Castellá, s.a.); Julio Romano (seud. de Hipólito Rodríguez de la Peña), *Pedro Antonio de Alarcón, el novelista romántico*, Madrid, Espasa Calpe, 1933; Luis Monguió, "Crematística de los novelistas españoles del siglo XIX" *Revista Hispánica Moderna*, XVII, 1951, pp. 111-127; Tomás García Figueras, *Recuerdos centenarios de una guerra romántica*, Madrid, CSIC, 1961; Armando Ocano, *Alarcón*, Madrid, EPESA, 1970; o Luis Morales Oliver, "La guerra de África en Pedro Antonio de Alarcón", *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, Madrid, CSIC, núm. 54, s.a.

³⁸ Sólo la última batalla, la de Wad-Ras, está ausente de sus páginas, y esto debido a que el autor, al igual que sucedió con Nuñez de Arce, abandonó Marruecos y volvió a España con la intención de presionar para que se aceptasen las condiciones marroquíes, que rebajaban las pretensiones españolas, y alcanzar así una pronta paz, dado que algunos sectores políticos se mostraban partidarios de continuar las hostilidades.

³⁹ *Obra cit.*, p. 42.

⁴⁰ Más tarde, en 1886, quedó incluido, junto con otras obras del autor, en *Miscelánea literaria* (Barcelona, Daniel Cortezo y cía.).

al de Alarcón, resulta bastante menos exhaustivo en el relato bélico y más comedido en su entusiasmo que el *Diario*. Su narración transmite mayor sosiego y se halla más apegada a la realidad, sin los delirios idealizadores alarcónianos; pero, en contraste, su tono se hace mucho más mate.

Poco más tarde, en 1863, se publicó en París *Sous la tente. Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages*, otro testimonio sobre la guerra, debido a la pluma del dibujante y cronista francés Charles de Iriarte, quien compartió tienda y vivencias durante la campaña con Alarcón. Obra en cuyos detalles no entraremos por estar redactada en lengua distinta a la de aquellos relatos pertinentes en estas páginas, pero sobre la cual conviene notar que, aun participando de un común origen con las anteriores, adopta un punto de vista peculiar y más distanciado ante lo referido, lo que le permite mostrar tanto los aspectos gloriosos como los miserables.

Antonio Ros de Olano, general en jefe del tercer cuerpo del ejército expedicionario y conocedor de Marruecos por haber vivido en Ceuta con anterioridad a la guerra en calidad de capitán general de las posesiones españolas en África, publicó unos *Episodios militares* en 1884⁴¹. En la segunda parte de este libro, titulada “África”, recoge diversos aspectos relacionados con el país norteafricano y con la campaña. A diferencia de los títulos precedentes, no se trata de un testimonio cimentado sobre el conflicto —del que nada más menciona el ataque sufrido por las tropas españolas el día de Navidad— sino una colección de imágenes e impresiones de carácter variado sobre gentes, costumbres e incluso estados anímicos sugeridos por Marruecos. Todo ello, junto al tono lírico y un tanto nostálgico de que está teñida la narración, da a esta obra un aire distinto por completo a las otras de tipo testimonial aquí presentadas.

En 1892 aparecieron unos *Episodios militares del ejército de África*⁴², del burgalés Dionisio Monedero Ordóñez, quien a los diecisiete años se había alistado como soldado voluntario en el ejército expedicionario. Constituyen una especie de memorias de la campaña desde su limitado punto de vista, cuya finalidad, según indica el propio autor, parece orientarse hacia el valor ejemplificador que aquella actuación española pudiera tener para el momento contemporáneo a su escritura, cuando los caminos seguidos por los políticos respecto de Marruecos eran ya muy otros. A la vez, pretende reivindicar la guerra frente al injusto olvido en que a su juicio ha caído. El libro, de exaltado tono belicista, resulta un tanto indeciso en cuanto a su composición: se inicia en forma que recuerda las antiguas narraciones de aventuras personales, pero pierde pronto este impulso inicial y se ve arrastrado hacia maneras más convencionales.

⁴¹ En Madrid, Imp. de Manuel Ginesta.

⁴² Publicados en Burgos, Imp. de Sucesores de Arnaiz.

Con la sola deserción de Ros de Olano, cuyos *Episodios* caminan por otro derrotero, todas estas obras aplauden la guerra con encendido fervor belicista. La pintura de batallas y combates se convierte con unanimidad en un reflejo de las virtudes militares españolas. La depurada pericia de los estrategas se une al arrojo y valor de los ejecutantes para batir una y otra vez a un enemigo superior en número e incapaz de darse por vencido. No hay el menor distanciamiento crítico. La actuación del ejército expedicionario resulta siempre loable, incluso cuando sus victorias se deben a las insuficiencias tácticas y armamentísticas del marroquí, como de vez en cuando puede leerse entre líneas y hasta de forma explícita, o cuando parecen más atribuibles a la caprichosa fortuna que a aciertos tácticos, cual Alarcón y Nuñez de Arce dejan ver en sus respectivos relatos de la famosa hazaña de los Castillejos, fruto de un descuido estratégico previo que dejó sin cobertura a unas cuantas unidades. Vehemencia guerrera que no decae ni en los momentos en que el conflicto muestra su más espeluznante rostro. Aquello que desorientó e hizo temblar al Santiuste galdosiano, se integra aquí en la lógica habitual de la guerra. Nada de cuanto alude a destrucción y muerte se escamotea en estas obras; de hecho, en sus páginas, de forma especial en el *Diario* de Alarcón y en los *Recuerdos* de Nuñez de Arce, hay un verdadero museo de los horrores bélicos, pero contemplado con cierta indiferencia y hasta como portador de valores patrióticos:

En aquel lugar nos aguardaba otro espectáculo mucho más espantoso, pero que no por eso nos conmovió en manera alguna. Veíase allí el efecto producido por nuestra artillería en el campamento de Muley-Ahmed. Tiendas incendiadas, armas rotas, centenares de cadáveres destrozados; aquí una mano, allá una cabeza; en este lado un cuerpo hecho carbón, en el otro charcos de sangre (...) ¡Oh! Era una cosa horrible; pero era también una patente de gloria y fortuna para nuestra artillería⁴³.

¡Horrible fue entonces la escena que presenciábamos! Necesitábamos apartar la vista del suelo para no ver como los caballos hollaban los sangrientos despojos de nuestros enemigos; por aquí un tronco sin cabeza, por allí los esparcidos miembros de un moro destrozado por una granada; más allá un cuerpo completamente quemado (...); un poco más lejos dos heridos moribundos, espantosamente desfigurados (...) y por donde quiera trozos de carne ennegrecida, entrañas palpitantes aún, exterminio y muerte ¡Ay! También allí mezclada con la enemiga había corrido en abundancia la sangre de nuestros hermanos; allí vi sus cadáveres como las víctimas ofrecidas por nuestra patria en aras de la victoria⁴⁴.

Parecidos modos expresivos se extienden a las restantes piezas que hacen

⁴³ *Diario*, II, pp. 29-30.

⁴⁴ *Recuerdos*, pp. 249-250. Cita tomada de la edición incluida en *Miscelánea literaria*.

girar el engranaje de la guerra. Las tropas expedicionarias participan de esa misma euforia de los cronistas, disfrutando de la vida de campaña cual si de unas vacaciones se tratase, acatando las desgracias con estoicismo y acudiendo a esa probable cita con la muerte endomingados de atuendo y de espíritu, diríase que rozando en ocasiones, en la del exaltado Dionisio Monedero al menos, la paranoia necrófila:

¡Cuánto envidié aquel día a los heridos que venían en las camillas y como ya he dicho, hasta a los muertos⁴⁵.

Todo ello a pesar del sinfín de privaciones y padecimientos, en especial derivados de aquel cólera causante de más bajas que el propio enemigo, que hubieron de sufrir las fuerzas españolas. Nada, empero, parece capaz de introducir abatimiento o desánimo en la moral de los combatientes. En suma, un reflejo del acontecer militar en la tradición del más ardoroso relato belicista, próximo incluso, si atendemos a algunas locuciones alarconianas, a un espectáculo festivo.

Esta identidad en la pintura de lo bélico se torna disimilitud a la hora de retratar al enemigo. Alguno, Dionisio Monedero, por ejemplo, sólo enfocan la figura del guerrero, quien, valeroso mientras combate, al cabo, derrotado, suscita la conmiseración del vencedor. Otros, por el contrario, lo encuadran desde una perspectiva más amplia, pero sin que ello suponga rigurosa profundización en la mirada, más bien superficialidad achicadora, cuando no simple desahogo para tradicionales fobias. La visión del moro en estos testimonios nace, por lo general, del cruce entre un tanto de admiración hacia el guerrero y otro tanto de desprecio y hasta de cierta repugnancia hacia el hombre. Algo que Pedro Antonio de Alarcón recoge mejor que ningún otro. Así, abundando en lo señalado, elogia la bravura y gallardía del marroquí en el campo de batalla, pero a la vez reprueba la cruel barbarie con que decapitan a los heridos españoles caídos en sus manos. Palmaria prueba del desconocimiento imperante en la época sobre la cultura musulmana, pues donde el escritor sólo acierta a ver feroz primitivismo no hay sino estricto seguimiento de un precepto religioso islámico, que atribuye la imposibilidad de alcanzar la placentera vida futura a quienes tras la muerte no puedan presentar su cuerpo completo. No obstante, con el avance de la guerra y de la consecuente narración, irá comprendiendo que esa irreductibilidad y aparente fanatismo se cimienta en su orgullo de pueblo independiente, “resueltos a morir todos antes que transigir con nuestras leyes, nuestros ritos y nuestros hábitos”. Para admitir, al final, que ese sentimiento de defensa de su tierra y de sus costumbres no es sólo consustancial a la idiosincrasia marroquí, sino al hombre en general:

⁴⁵ *Episodios militares del ejército de África*, pág. 120.

Debemos confesar que la actitud de los moros ante la invasión española es la misma que adoptamos nosotros con la invasión francesa (t. II, p. 249).

En semejante fluctuación se mueve su apreciación del moro como hombre. Elogia su “profunda y sincera fe religiosa” pero denigra el islamismo, causa de padecimientos y contrario al avance social. Desdeña su condición individualista pero estima ciertos rasgos de delicadeza en su carácter. En realidad, su percepción de Marruecos está mediatizada por esas preconcebidas ideas románticas de raíz orientalista y literaria que él desea revivir, según sintetiza con acierto Juan Goytisolo: “La continuada oscilación entre el desprecio al moro real y la fascinación por su imagen idealizada es una constante del *Diario de un testigo de la guerra de África* y muestra una vez más que la maurofilia literaria y el respeto al adversario vencido y remoto no son óbice para que el autor asuma los prejuicios y tópicos propios de una conciencia engreída con la creencia en su presunta superioridad moral”⁴⁶. De ahí los constantes devaneos poéticos con que filtra la realidad circundante. Así puede comprenderse que lo que no es sino un vulgar campamento le parezca encarnación de una fantasía; que se sienta fascinado por la sinuosidad, pobreza y suciedad tetuanés; o que, al decir de su amigo Iriarte, confunda la guerra de África con las cruzadas y se crea el Torcuato Tasso de la edad moderna:

Para él, Tetuán es Jerusalem, y sus compatriotas son los cruzados; vive en la piadosa ficción en la cual se sume por completo, y al descubrir la ciudad santa desde la altura del cabo Negrón, ha repetido como un creyente los versos que Tasso pone en boca de sus héroes⁴⁷.

En tales parámetros no cabe, sin embargo, Nuñez de Arce, cuyos *Recuerdos* destilan una feroz inquina contra todo lo marroquí, sin que quede conducta o parcela de la vida moruna que no suscite su vehemente reprobación. Un racismo sin rebozo que, apartándose de los alarconianos ensueños orientalistas, no sólo le hace abominar del fanatismo, de la grosera existencia o de la degradación histórica a que ha llegado ese pueblo, sino que les niega hasta lo más intrínseco de la naturaleza humana:

Pueblos como el africano sólo sienten necesidades materiales: ¿qué significan para ellos las necesidades del espíritu? Satisfácenlas suficientemente recitando algunos versículos del Corán (pág. 287).

Más ecuanímes y apegadas a la realidad resultan, por contra, las apreciaciones de Antonio Ros de Olano. Sus *Episodios militares* dan cuenta del haz y

⁴⁶ “Cara y cruz del moro en nuestra literatura”, *Obra cit.*, p. 19.

⁴⁷ *Sous la tente, Souvenirs du Maroc. Recits de guerre et de voyages* (citado por la traducción española, p. 97).

el envés del carácter moruno con un tono comedido y respetuoso, acaso porque lo pondera desde un conocimiento más profundo y desde unos planteamientos comprensivos con lo diferente. Incluso, al comparar las “pretenciosas manifestaciones” de la cultura europea con el íntimo recogimiento de la musulmana, se siente más cerca de ésta, pues, saliendo al paso de infundados tópicos, a su juicio “puede asegurarse que no hay un sólo hombre disipado”.

Si el musulmán aún goza de alguna consideración, no sucede lo mismo con el judío. Tanto Alarcón como Nuñez de Arce, cuyas obras les dedican más atención, lanzan contra los hebreos sus más punzantes dardos. Ambos descubren que la degeneración externa que los caracteriza no es sino pálido reflejo de una oscura abyección y de su desmedida avaricia. Algo que hace dudar al autor del *Diario* sobre la sinceridad del lamento israelí por las pérdidas que les ha ocasionado el saqueo de Tetuán, sobre todo cuando más tarde llega a la certeza de que los propios hebreos están robando en las abandonadas casas de los moros que han huido de la ciudad. El menos misericordioso Nuñez de Arce los fustiga en sus *Recuerdos* aún con mayor vehemencia; no obstante, halla en ellos una virtud: su tradicional apartamiento social, lo que impide que puedan contaminar a aquellos otros pueblos con quienes conviven:

En el corazón de esta degenerada familia hebrea, que vive bajo el techo marroquí, tan baja, tan abyecta, tan cobarde, tan pobre de sentimientos elevados, hay, sin embargo, una cuerda que vibra siempre, sonora y admirable: la fe está unida a su espíritu como el aliento a la vida. La Providencia parece como que la fortaleció en su alma, para que no pudieran asimilarse con las demás naciones; para que siempre tuviese sobre quién recaer la tremenda maldición que los ha esparcido por la faz de la tierra (p. 276).

Leídas a los ojos del tiempo presente, el conjunto de estas obras, con la sola excepción de los *Episodios* de Ros de Olano, conforman un paradigmático *corpus* del testimonialismo mixtificador, por mucho que alguna lo enmascare simulando autenticidad en su relato mediante prolijas referencias a personajes, batallas, fechas y otro buen número de aspectos reales. Bajo tanta loa al patriotismo, bajo tanto desempolvar glorias pasadas y tanta desmedida evocación literaria sólo late un acicate para espolear a la opinión pública española hacia una efusiva adhesión a la guerra, según reconoce el propio Alarcón en las páginas de su *Diario*:

(...) canté a mi modo la guerra; y procuré, en fin, inflamar más y más, si esto hubiera sido posible, el entusiasmo del pueblo y del ejército (t. II, p. 301).

De ahí que, por encima de una guerra popular en sí misma, quepa considerar la de África una campaña militar popularizada por aquellos medios con capacidad para crear opinión: la prensa de la época y una parte del mundo lite-

rario, quienes no dudaron en edulcorar e incluso falsificar la realidad en pro de un presunto patriotismo. Así lo ha venido a confirmar sin disidencia alguna la historiografía contemporánea. Y entre los múltiples argumentos que, al respecto, se han esgrimido, sirvan de refrendo las aseveraciones del poco o nada sospechoso de antibelicismo Tomás García Figueras:

A través de los poetas, de los literatos, de los artistas y del pueblo mismo, excitadas las fibras del sentimiento heroico de las masas, la guerra de África se idealizó en forma tal que ella constituyó, en definitiva, una página más de nuestro viejo y heroico Romancero⁴⁸.

En tal contexto hay que entender las obras de estos oportunos testigos, cuyo primer mérito, aparte de aquellos de orden estilístico intrínsecos a cada texto, reside en ese utilitarismo de circunstancias. Y en él volverá a incidir con posterioridad Dionisio Monedero para recordárselo a la generación sucesiva, a la vez que contribuir, de paso, en la gestación de ese africanismo ideológico que en años ulteriores alentaría en España vocaciones colonialistas y llevaría de nuevo a los ejércitos nacionales hasta las tierras de Marruecos.

⁴⁸ *Obra cit.*